

clavados en la altura tiende nuevamente su audaz vuelo de gloria y se levanta otra vez hacia Dios.

¡ Arriba España !»

Tal fué el grandioso acto de la inauguración de la Universidad Pontificia salmanticense que representa en su creación y en su prometedor esfuerzo de trabajo y estudio, una de las más gloriosas páginas en el Renacimiento español, de las letras y las ciencias, que preside con su mecenazgo el espíritu restaurador de nuestro Caudillo.

LAS BODAS DE PLATA DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA

El día 8 de octubre de 1915 inauguraba sus tareas académicas la Universidad de Murcia. Veinticinco años más tarde, en la conmemoración de sus bodas de plata, el Ministro de Educación Nacional evocó, en un acto de austera severidad universitaria, la historia de aquel primer lustro de trabajo y proclamó las consignas que deberán ser estímulo de los afanes del futuro.

Murcia acogió al Sr. Ibáñez Martín con un fervor y un entusiasmo auténticos. En el Paraninfo de la Universidad y después de un elocuente discurso del Catedrático Sr. Batlle sobre el Derecho Civil y el Nuevo Estado y tras unas palabras del Jefe del S. E. U., habló el Ministro de Educación Nacional. Fué el suyo un discurso de profunda raíz universitaria, en el que no sólo recordó el valor universal del pensamiento científico español, sino donde trazó las líneas generales que impone el nuevo estilo de la hora actual a la concepción falangista de nuestra Universidad.

«La Universidad de hoy—dijo el Sr. Ibáñez Martín—tiene que romper con el lastre que la dejó el decadente siglo del liberalismo. España sabe ya por experiencia trágica adónde lleva el criterio frío, hosco y deshumanizado, que informó nuestra vida universitaria durante aquel período... Contra los hombres que representan el pensamiento de aquella época y a quienes la Universidad supo dar quizá una inteligencia, pero no supo hacer vibrar un corazón, hemos levantado nosotros las banderas de nuestra Cruzada y sostenemos en alto el Credo Político de nuestra Revolución Nacional.»

«La Universidad de hoy—añadió el Ministro de Educación Nacional—sabrà formar inteligencias, pero no olvidará que su misión es hacer que



los hombres que se formen en su seno sientan arder en su espíritu con fuerza irreprimible el sentido de la Justicia, el fervor de la Patria y el estímulo de la Religión. He aquí la terrible empresa revolucionaria que os está encomendada. Que si en la vieja Universidad liberal la ciencia no tenía fronteras y se olvidó la aportación de nuestra Patria al acervo del pensamiento universal, se prescindió de todo signo religioso que pudiese rememorar la época del Imperio, en que nuestras conquistas y nuestras victorias se conseguían bajo la sombra de la Cruz, y se postergaba el nombre de España, para que prevaleciesen sobre él los más abyectos extranjerismos, la Universidad de nuestros días deberá enseñar a las juventudes de hoy que hubo y hay una ciencia esencialmente española, que un día fué instrumento de nuestra más auténtica expansión imperial, y que si antes se enseñó a ignorar los principios de nuestra inveterada tradición cristiana, nosotros sabemos ya proclamar a voz en grito nuestra fe en Dios y nuestro amor a España.»

Insistió después en que la Universidad contemporánea debe ser esencialmente educadora en el concepto integrador y total de esta palabra.

Terminó el Sr. Ibáñez Martín proclamando su fe en la gloria de nuestra Universidad, merced a la atención preferente que el Jefe del Estado dispensa a los problemas de nuestra cultura. «Un Caudillo insigne—dijo—rige los destinos de la Patria, a la que salvó de la ruina en que intentaron sumirla sus más encarnizados enemigos. El mismo ha dicho que hoy ocupan los problemas espirituales de la cultura, de la investigación y de la enseñanza, el primer plano de las inquietudes que tiene planteadas en estos momentos la Nación».

«Yo os digo que nada pueden importar las crisis espirituales sufridas durante los últimos años de desconcierto científico y doctrinal, cuando un hombre como nuestro Caudillo ha asumido sobre sí la tarea inmensurable de la reconstrucción de ese cuerpo maltrecho y de esta alma dolorida de nuestra España. Unidos con él, entregados irrevocablemente al supremo mando de su alta jerarquía, yo os aseguro que al recobrar la altura de su unidad, de su grandeza y de su libertad, nuestra Patria volverá otra vez, como en un extraño alborar asombroso y radiante, a recorrer las rutas de su Imperio por todos los confines del mundo.»

El Ministro terminó con un ¡Arriba España!, invocando el nombre de JOSE ANTONIO, que fué contestado con un PRESENTE unánime por todos los asistentes al acto.